

LO RARO EN LA HISTORIA

Los viajes y la ciencia, indisoluble binomio.

Por HERNANDO GAITAN L.

"En aquel tiempo era de buen tono la erudición, aunque la erudición sea naturalmente solemne y grávida y el buen tono sea tan ligero como una burbuja de jabón en el viento, o un lazo de rosa en la bruma dorada de un peinado".

Ricardo Majó Framis.

Es el siglo XVIII y el Rey de Francia es *Luis XV*. Ostenta la corona que con tanto brillo llevara su padre el Rey Sol, a quien le correspondió presidir los destinos de Europa en una época de tanta gloria y esplendor, que justicieramente la historia designó como el "Siglo de *Luis XIV*". Fue este un período de Mariscales, Almirantes, Generales, Ministros, Cancilleres, Superintendentes y Secretarios de Estado, porque entonces, como casi siempre ha ocurrido, la política y las armas han sido las dos profesiones más naturales del hombre. "Siempre ha sido necesario, negociar o pelear". No se escapó a este gran Monarca que su herencia sería demasiado pesada para sus descendientes. Y así lo entendió también *Luis XV*, pues con su agudeza habitual acuñó la célebre frase que el futuro se encargaría de justificar: "Después de mí, el Diluvio". Y el diluvio llegó para el último de los Capetos, *Luis XVI*, víctima propiciatoria en una cadena ininterrumpida de absolutismo dinástico.

No obstante que la nobleza se solazaba en "este tiempo de duques pastores, de amantes princesas y tiernos galanes, cuando entre sonrisas y perlas y flores iban las casadas de los chamberlanes", (tal como lo idealizó Dario), algo nuevo parecía deslizarse en la quietud de las bibliotecas, en los discretos recintos de los estudiosos, en los laboratorios de los científicos y en el mundo bullente de los políticos. Tal parecía como si la edad del entusiasmo fuera cediendo su turno a la edad de la razón, aun cuando se vivía aún bajo el influjo de la elegancia mundana y con el esprit de la pasamanería.

El reinado de *Luis XV* era un solaz, donde al lado de los brillantes cortesanos discurrían parsimoniosamente por los regios salones, como en la época del Gran Rey, los académicos de las ciencias y del lenguaje. Y bajo la afectada preocupación de los grandes nobles y la no menos solemne de las hermosas damas, aquellos afirman que toda la tierra, que la faz entera del planeta debía poblarse de triángulos y más triángulos o cuando sus colegas de la lengua hablaban de sutiles deficultades de gramática.

Uno de los académicos era el señor de La Condamine, quien debía integrarse muy pronto a la misión francesa que partiría para el Ecuador a fijar el meridiano y a quien por su singular figura hemos elegido para hablar de lo "raro en la historia". Pero no es justo pasar por alto, pues más tarde no sería del caso, resaltar que este concurso científico francés orientaría de paso los espíritus de los ecuatorianos hacia el liberalismo de los enciclopedistas franceses, como lo demostraría más tarde esta primera fortaleza americana de las ideas liberales, frente al absolutismo de la Corona Española.

La estampa del académico La Condamine no la ofrecen los comentaristas de entonces, en forma, por cierto, muy a tono con su época: "Su talle, debajo de una rameada casaca, era gentil; su peluca, nítida; no abandona nada a las exigencias de la moda; sus maneras y sus manos blancas eran casi de abate y para mayor prestigio, había guerreado de mozo y plantado más de una vez una bandera en la altura de una muralla".

Cuando partió la misión para las regiones ecuatoriales o con más propiedad australes, como las denomina Majó Fremis, el Rey Luis XV, al comentar este hecho que habría de dilucidar una muy ardua cuestión, pero que a su distraída majestad nada importaba, lo comentó así con sus cortesanos: "Ah, si; los señores académicos que hasta ayer susurraban, como cigarras, en mis antesalas... Buen viaje a los señores académicos".

Este primer viaje se inicia en Marsella en 1735, pero más que expedición científica dió la sensación de que al gobierno francés le interesaba cómo proclamar la gloria de *Luis XV* en los puertos del Mediterráneo, donde el Almirante Duguay

Trouin, en actitud suficiente, comentaba a las autoridades locales: "Oh, nuestro poder es nuestra sabiduría". Tras este alegre recorrido, la flota alcanzó por fin el Perú, y los académicos cumplidas sus presentaciones y recorridos, que para desconcierto de ellos mismos se prolongaron durante un año, comenzaron por fin los trabajos de triangulación para conocer la figura del país. Pero entonces sobrevino la guerra entre Inglaterra y España y sus actividades debieron interrumpirse hasta el año de 1741, en que dieron comienzo efectivamente a las investigaciones astronómicas. Pero nuevamente la guerra se interpuso en su camino. Cuando por fin ésta se sosegó un poco, los científicos reanudaron en firme su trabajo, con la decidida colaboración de españoles y ecuatorianos, entre los cuales destacan los nombres de los Tenientes de Navío, que por instrucciones de España se incorporaron a la expedición en Cartagena de Indias, los señores don Jorge Juan y Santa Cecilia y don Antonio de Ulloa. Ambos demostraron ser eminentes científicos, como lo comprueba el testimonio histórico.

La verdadera finalidad de esta expedición nos la da el señor de La Condamine en el prefacio de su Relación leída en 1745 ante la Academia Real de Ciencias Parisienses. Eran dos los propósitos que se perseguían como consecuencia de medir los grados del Meridiano Quiteño: "El conocimiento de los diámetros terrestres, el ecuatorial y el que va de polo a polo; la comprobación de ser el primero mayor que el segundo, lo que suministraría nuevo argumento en pro de la tesis de la revolución terrestre que se opera en torno al eje planetario, y, en fin, y cual posterior y arduo intento, el engarce probatorio de todas estas conclusiones en el sistema celeste elaborado por Newton. Y más adelante agrega: "Tres viajes de comisiones científicas se hicieron a este respecto. El primero proyectado y el último terminado fue el viaje peruano. El público ha sido informado desde hace muchos años del buen éxito de los trabajos académicos que han operado bajo el círculo polar y en nuestros paralelos...; la comparación de cualquiera de ellos con los otros dos prueba el aplanamiento de la tierra hacia los polos".

Como perpetuo hito y señal, en los parajes en que se cumplió la investigación, hizo erigir La Condamine dos pequeñas pirámides y en ellas inscribió sendas leyendas alusivas a la misma.

Pero hasta aquí no hay nada raro en la historia. Lo raro y lo extraño acude a la mente de nuestro personaje, una noche en la ciudad de Cuenca, cuando en su cuarto, de una estrecha severidad castellana anota Ricardo Majó Framis — “reposa y medita observando los muros de blanca cal, los sillones de bejuco y cruces negras sobre la albura de la pared”. ¿Acaso, piensa evocando la gesta de españoles y portugueses, emular ese denuedo de crin al viento? Es por ello, tal vez, que busca entonces noticias viejas, casi ocultas en papeles viejos, sobre los hombres que recorrieron aquellas regiones en la fabulosa época del Descubrimiento del Continente Nuevo. En una de estas páginas tropieza con el nombre de Francisco de Orellana, aquél famoso español, que casi mediado el siglo XVI, cursó el gran río de las Amazonas, como explorador geográfico. Más adelante se encuentra con otro nombre, el de Pedro de Ursúa, buscador de tesoros y pesquisador de fabulosos reinos, a quien dió muerte violenta el feroz y despiadado Lope de Aguirre. ¿Acaso él, un francés, Carlos María de La Condamine, no podría ser otro en la gran aventura sobre el río fabuloso? ¿No pasaría también en el futuro auditorio que le guardaba en el lejano París y en el deslumbramiento que provocaría en los “caballeros de calzón ceñido y de casaca rameada; en las damas de abullonadas aldas y talles de avispa? Sí, a no dudar, él también lo podrá hacer. Será un audaz académico, emancipado de su cuadrilla.

En principio, en su mente jugueteó la idea de orientar su viaje hacia la costa de Cayena. Cuán fácil le sería hacerlo por mar. El tiene naves a su disposición, naves de alto velamen y seguro navegar. Pero olvida pronto esa idea. Otra nueva se adentra en su mente. Es la imagen de la aventura la que lo hace divagar y piensa en lo que es “camino, lo que es audacia, lo que es la emoción distinta, lo que es barruntar el peligro, lo que es ir, como se diría en nuestro riesgoso siglo XX, sobre el filo de la navaja”. Definitivamente comprende algo que antes hubiera desechado en su conciencia rigurosa y exacta de académico, y entonces recuerda que en los valores del mundo “mucho es saber, pero hacer, quizá sea más”. “Si hoy todo, en su cuarto de la ciudad de Cuenca, le parece muy claro, muy propio de ese nuevo temperamento que le han insuflado la pasión y la audacia de españoles y lusitanos. Sí. El marchará adelante sobre los ríos, sobre esos caminos que andan. Irá

también en busca de la vieja quimera del Dorado, pero lo hará sin el acompañamiento de hombres de armas y sin la impedimenta que suele recargar las expediciones y las aventuras. Solo, con algunos criados, sin bergantines, sin pólvora, apenas con los instrumentos esenciales de observación y medición, que sirvan a sus fieles propósitos científicos". "El lo hará todo en su soledad de viajero único; será el aventurero, el naturalista, el astrónomo y el observador estético de paisajes y costumbres".

Mientras la idea se abre camino en su mente racionalista, de francés culto y metódico, continúa ojeando los viejos documentos que se ocupan del Amazonas. Entonces llega a su conocimiento que un tercer hombre, un siglo después de Orellana, un portugués, Pedro Texeira, al servicio del Gobernador de Pará, con buena tropa de indios y algunos portugueses, ascendió por el río hasta su encuentro con el Napo, remontó este último y casi alcanzó la vista de Quito. A su regreso lo acompañó el célebre jesuita y misionero español, Cristóbal de Acuña, magro de carnes, escueto, gran andador de tierras y entregado por entero a las selvas y los ríos y a su fiebre catequizadora.

A medida que va adquiriendo conciencia de su gran aventura, tropieza para su íntima satisfacción con algunas cartas geográficas o diseños, hasta cuando por fin topa con un mapa de los que buscaba. Lo había trazado en 1690 un jesuita alemán al servicio de España, Samuel Fritz. El había trazado líneas caprichosas pero que se acercaban a la verdad, como el que busca en medio de la oscuridad con una "linterna para batir tinieblas". Comprende entonces, con su mente lúcida y vivaz, que en la carta hay errores, pero que rondan en la posible verdad. Descubrir, enmendar y rectificar será su gran ocupación cuando realice confrontaciones con la realidad que va a vivir. Para mayor información, hace lo que siempre han hecho los hombres que se hallan en pos de la aventura, penetrar en las ventas y tabernas donde acuden todos aquellos que se han lanzado a lo desconocido, sobre el agua cambiante y tornadiza, a través de las arenas cálidas y sedientas de los valles y llanuras dilatadas e inhumanas o en el mundo penumbroso y traicionero de las tupidas selvas. Allí platica y toma noticias con los capataces de indios que han descendido la cordillera para llegar a las vastas planicies fluviales. Asciede

también a los salones y penetra a las Cámaras donde despachan parsimoniosamente los funcionarios de gobierno, para inquirir a propósito de las vías militares. Indaga también con los viejos, que fueron una vez, porque esta empresa es para hacerla una vez en la vida, y escucha de sus labios, lentos y pausados, lo que hicieron cuando fueron mozos y pasaron la cordillera con sus recuas de llamas. Encuentra en ello una extraña fascinación porque aquellos hombres son extraños como ídolos y como tales enigmáticos y misteriosos, en su impasibilidad eterna. Para ellos el río no es grande, como lo imagina La Condamine, porque ellos son parte de la naturaleza y se funden con los ríos, las selvas y las bestias. Por eso constituyen los indios algo imposible para colonizar, algo con lo cual no puede contarse, algo que pesó inexorablemente sobre el destino de los países hispano-parlantes.

Uno y otro dirán paladeando el vino que les enseñaron a beber los castellanos, a su pregunta de ¿cuál es el mejor camino? Id por el camino de Canelos; id por el camino de Jaén; id por el camino de Archidora. Pero con él todo lo compulsa y lo coordina en su disciplinado discurrir sobre los hombros y las cosas, establece de tales referencias que se trata de Jaén de Bracamoros, cinco grados de latitud austral, allí donde el Marañón empieza a ser navegable. El de Archidora se extiende por debajo de la línea equinoccial y conduce al Napo, río de más lujo vegetal que el mismo Amazonas. Por allí pasaron Texeira y el padre Acuña, según sus notas prolijamente organizadas, cuando realizaron su gran navegación fluvial, que ya él ha resuelto emprender. Y por último, la ruta de Canelos, que parece perderse a lo largo de una garganta donde las montañas circundantes son quietas, a manera de fantasmas, según dicen los indios, no obstante que para ellos nada es grande ni pequeño. De tanto trasegar en su imaginación y de tanto indagar sobre la conveniencia de elegir la mejor de estas rutas, optó por la de Jaén de Bracamoros, sabiendo a ciencia cierta que a las ventajas que ofrecía sobre las otras no debían echarse al olvido los tremendos peligros de este camino de espectros, agotador y amenazante, como para poner los nervios en tensión y a punto de estallar. Quizá por eso lo elige La Condamine, convencido seguramente, que para superarlo hay que ser de la carne de los antiguos hombres.

Puesto de acuerdo en todos los detalles que juzgó indispensables, partió de Tarqui y consignó en sus anotaciones: "es

el límite austral de nuestro meridiano”, distante cinco leguas de Cuenca, donde había erigido las pirámides como referencia de los estudios adelantados en asocio de sus compañeros de expedición y de los científicos que destacó el Rey de España como colaboradores en la empresa. Más adelante registra otra anotación, con cierto sabor simbólico. “He aquí, que donde terminan mis esfuerzos de hombre meditativo y de ciencia, comienzan mis nuevos ánimos de explorador y de hombre de hechos”. Luego, en asocio de un criado y de algunos indios de carga, va hilvanando a su paso nombres de montañas, ríos y lugares, que bautizaron hacía ya mucho tiempo, nativos y españoles, al azar de sus pensamientos o de los hechos fortuitos: Churcay, Tupali, San Agustín, San Sebastián, Záruma, Tumbes, los Jubones. . . , hasta que por fin columbró el mar, ese viejo Mar del Sur, el de Balboa. Había partido en pos de un ideal y este lo llevaría a atravesar el Continente Austral, de playa a playa, de la orilla occidental a la oriental. En sus anotaciones aparece este registro: “Es aquí en Tumbes, puerto del Mar del Sur, donde los españoles hicieron su primer desembarco, más abajo de la línea, cuando la conquista de Perú”. Ha venido, a pesar de que sus ojos se engolosinan con los portentos que va descubriendo a cada paso, registrando cuidadosamente los nombres que informan aquella maravillosa vegetación; los minutos, los segundos y las latitudes de los lugares; los sentimientos que en su espíritu despierta la apreciación de las cambiantes perspectivas; el entrelazamiento de lo monstruoso con lo bello, lo extraño, lo inconcebible. En ocasiones, se sobrecoge con el silencio aterrador, sólo turbado por el vuelo del cóndor en la inmensidad del espacio, que no es azul, sino pura luz.

Loja, pequeña en su hoya; de techumbres rojizas, rematada en torres y torrecillas clericales; con sus robustos campanarios de dominicanos y franciscanos y bajo el diálogo abrumador de sus campanas en el crepúsculo, es irrevocablemente una ciudad Mariana, que La Condamine incorpora en sus anotaciones, como que está a trescientas cincuenta toesas más baja que Quito. ¿Pero sí habrá admirado en la hermosura del paisaje que la rodea, ese carácter tan especial y tan propio de los castellanos? Nada dice en su diario, como reconocimiento, por esa expresión en que parece fundirse con el mundo americano, en una entrega total, el alma de los hombres de España.

Llama poderosamente su atención un extraño vegetal, la Achupalla de los indios, una bromeliácea, cuyos troncos se dilatan, se retuercen y se tejen como vastos nidos de serpientes negras. Y ha visto y ha contemplado el Calpulí, que crece al borde de los arroyos; el Sauce americano que se recrea en la superficie del agua; los Alisos que erigen sus frondas por doquier; los Candelabros, de un bronce oxidado; el pequeño Saucó; la Papaya de la sierra y el Molle, de formas curvadas y breves como de mujer.

Bajo el atardecer lejano ha dialogado con el señor Corregidor. Se ha instalado en una posada y ha visto cuando llegan los indios lavadores de oro, de altas figuras envueltas en ponchos de orillado color, de rostros aceitunados, de dentaduras sonrientes y de cuerpos que se curvan con flexibilidad de sombras.

Toma nota de todo y todo lo consigna minuciosamente. Pero dedica especial preferencia, casi culto, a la Chinchona, que bajo el nombre de quina será la panacea del siglo. La mejor, según él, es la que se cria en Cajanuma, dos leguas al Sur de Loja, donde nacen ríos que viajan en distintas direcciones, unos al Occidente, para terminar su curso en el Mar del Sur, y otros, que se encaminan al Oriente, a reunirse con el Marañón. Una de las Chinchonas, la descubierta por La Condamine, llevará su nombre: La Chinchona *Officinalis* Condaminea, llamadas por los indios Chabarquera. Y otra también, que se debe a nuestro insigne viajero, la Chinchona *Officinalis* Uritusunga, que hará carrera bajo el nombre de Loja Fina.

Pero hay que partir, como diría Baudelaire; hay que partir en busca del Amazonas. Se va silenciosamente y endereza sus pasos hacia Jaén de Bracamoros, transpasando las últimas laderas de la cordillera, por sendas que se dilatan a través de bosques inacabables, donde llueve eternamente, sea verano o invierno. Allí, todo es perpetuamente gris y se escucha la monótona canción, el canturreo de la lluvia. Atraviesa pueblos fantasmas, ciudades que fueron de pomposos nombres: Valladolid y Loyola; hundidas en una especie de nirvana, en medio de una naturaleza que abrumba los sentidos y enerva el entendimiento; bajo el agua que golpea tenaz sobre un mundo de color húmedo que invita a dejarse morir sin pensamiento.

Son muchos los ríos que ha dejado atrás, ganando unos a nado y otros, usando de balsas o almadías hechas de robustos troncos de árboles, con la técnica elemental de los naturales. Son corrientes abundosas, cristalinas, espumeantes, porque descienden de los altos peñascales. Se descuelga por el Chinchipé, un poco más ancho que el Sena parisien, en busca de Tomependa, poblado indio de bohios, de bálago, de hierbas y palmas, vaga reminiscencia de la extinguida edad de piedra. He aquí por fin el Marañón. Jaén está emplazada en su margen Norte, allí donde vierte sus aguas el Chinchipé. Y siguen llegando otros invitados, en busca del Marañón. Del Sudeste, del país de los indios aparece el Chachapoyas.

A los cinco grados y treinta minutos de latitud austral se opera la fusión del Marañón, el Chachapoyas y el Chinchipé. Este paraje es de los que suele designar entre los geómetras como de decisión geográfica, es decir de los que determinan una cuenca del río, un perfil de costa o un accidente de consecuencias dilatadas. Aquí, propiamente puede decirse, que inicia su largo recorrido el gran Amazonas, que se dilatará en paralelismo de la Línea Equinoccial hasta su desembocadura. Un poco más adelante tiene lugar su encuentro con otro río, el Chichunga, de delgada corriente pero de revueltas aguas como para desanimar a cualquier intruso que intentara seguir su curso. Fue entonces cuando La Condamine, que seguramente tenía de los indios una imagen, como la que ayudaron a forjar los españoles y portugueses, respecto de su impasibilidad, ineptitud para el trabajo, apatía, poco interés para lo que se llama civilización y muy poco afecto a la vida urbana, vió, con asombro, que uno de ellos en una frágil balsa siguió la corriente hasta la villa de Santiago, para procurarse algunos auxilios. Y contempló y realizó, cómo la naturaleza humana posee riqueza de contrastes que afloran súbitamente, como por sortilegio, en un instante dado, natural, espontáneo y simple. Aquella figura aceitunada se destacaba sobre el agua como una especie de acróbata, como un tritón de real y comprobada mitología, "medio pez, medio esclavo, medio atleta y héroe, desarrollaba su esfuerzo y entusiasmo, libre, espontáneamente, como un acto apenas natural de una vida en plena naturaleza".

Con sus ojos abiertos a todo lo que le iba revelando el cambiante paisaje, percibió que ambas riberas del Chichunga se hallaban cubiertas de un bosque unitario, de un bosque de

un solo árbol, el Teobroma, el árbol milagroso del cacao silvestre, originario del país del Alto Amazonas y del Alto Orinoco, que poco tiempo después del descubrimiento del Nuevo Mundo, de prodigioso salto se trasladó de su mundo, a las mesas opulentas de los grandes burgueses de Europa.

Siempre hacia adelante y venciendo todos los obstáculos que se oponen a su avance, llega La Condamine a la localidad de Borja, más cuartel que villa y más campamento que Municipio. Entre Borja y los restos que aún aparecen de la que fuera ciudad de Santiago de las Montañas, se encuentran el Congosto de Pongo, uno de los accidentes geográficos más decisivos de la América Austral. Es aquí donde el Amazonas experimenta un brusco acodamiento que lo obligará a ser el río más poderoso del planeta, pero a ser también definitivamente, un río brasileño y no colombiano o venezolano. El Pongo de Masariche, de la lengua quichua, corresponde exactamente a la intención que persigue esta lengua para designar todo desfiladero de montañas por el que discurre agua o por el que avanza senda. El es la Puerta Primera de todas, "una especie de Columnas de Hércules". El Marañón que viene de muy lejos y que ha recorrido ya más de doscientas leguas, siempre con rumbo al Norte, ha de torcer su curso, ha de obedecer a la montaña y derivar su curso, después de penetrar en el Pongo hacia el Este en un ángulo violento. El río, al precipitarse por el desfiladero pasa a convertirse de montañoso en llanero y en regador de una inmensa zona.

Después descendió La Condamine al valle, acompañado sólo de un negro, pues los indios, habiendo ya cumplido su compromiso, se alejaron, dejándolo frente a su futuro destino. Allí, La Condamine medita en las vanidades del mundo, junto al prodigioso accidente geográfico que ha sorteado. En el fondo de la balsa felizmente están sus cuadernos de apuntes y memorias, sus instrumentos ópticos y geográficos, sus ropas y por sobre todo, su antejo de dieciocho pies de largo. "Me encontré en un mundo nuevo —diría— alejado de todo comercio humano, sobre un mar de agua dulce, en medio de un laberinto de lagos, de riachuelos y canales, que invaden en todos sentidos un bosque inmenso". Y hay en efecto mucha realidad en esta descripción. Había descendido de las montañas andinas al dilatado, profundo y caliente valle del Amazonas. Y agregará: "Encontré plantas nuevas, animales nuevos, hom-

bres nuevos". Ahora el horizonte es inacabable y verde, sin linde alguno. Había dejado la cortadura, el acecho de la sombra y las perspectivas de piedra. Ahora, y de ahí en adelante, el paisaje será de un verde infinito, un paisaje unitario. Ya no será jamás el de las montañas que se pierden entre las nubes, haciendo experimentar al hombre un sentimiento de infinita pequeñez, de anonadamiento e impotencia. Es otro mundo, más cálido, más sensual y menos ascético. A su paso huella tierra sin verla. He aquí el bosque, la selva, la manigua. La tierra ha desaparecido tragada por hierbas espesas, arbustos y maleza, voraces, anhelantes de vivir y jugar su papel, en un eterno morir y un continuo y constante renacer. Los indios, en su lenguaje breve y expresivo, le hablan del "Caagapó", el bosque sumergido, para diferenciarlo del "Caaguazú", el bosque alto virgen. En busca de este último encaminará y podrá contemplar cómo los ríos se deslizan por debajo del bosque, reptando en la umbrosa espesura, donde todo es sigilo, aparente quietud, pero todo en continua transformación; de lo putrefacto a una nueva concepción de vida; de lo inerte a lo movedizo. El bosque vive inmerso en las aguas barrosas, cenagosas, plenas de vivientes especies botánicas, donde si una muere, surgen otras encima de su blanda y podrida tumba. Antes de dejar Borja, ha logrado por fin dialogar, a sus anchas, largamente, con alguien que comprendiera su empresa y sus anhelos de alcanzar un hecho, un aporte, una página más en el progreso de los conociminetos humanos. Es el padre jesuita Magnin, que en nombre de España y para realizar sus ideales, abandonó Suiza para habitar en esta aldea, donde el latín, aprendido rigurosa y pacientemente y más aún la teología, poca aplicación tendría al hundirse para siempre en la lejanía selvática de la villa de Borja, al pie de la cordillera, frente a la puerta de la llanura.

Son muchas las pláticas que sostienen en los atardeceres frente a la inmensidad, y mucha la complacencia que por distintas causas experimentan, aprovechando una ocasión que ellos saben que no volverá jamás. Su amistad cobra así ese sabor patético, que cala hondo y se perpetúa para siempre, con la devoción y el sentimiento que despierta en los hombres lo irreparable, lo que no habrá de reanudarse, pero que tampoco se irá del recuerdo, antes de la muerte.

En la Laguna, poblado español de cierta vitalidad, espera a La Condamine desde hace varios días, don Pedro Vicente

Maldonado, Gobernador de la Provincia quiteña de La Esmeralda, hombre dado a la ciencia, pese al ambiente que lo rodea y a las circunstancias del mundo burocrático en que se ha enzarzado. Los dos, según lo acordado anteriormente, van a realizar estudios astronómicos, "en perfecta colaboración". Entrambos han decidido estudiar el sol y las estrellas, más allá de este poblado, cuya latitud es de cinco grados, catorce minutos.

En dos canoas de cuarenta y dos a cuarenta y cuatro pies de largo por tres de anchura, delgadas como saetas, pero mejores que la almadía versátil o la tosca balsa que había transportado a La Condamine hasta allí, parten los dos científicos el 23 de julio de 1743, siguiendo el curso del Amazonas hacia su destino final, en el mar Atlántico. Conforme a su proyecto original, se ha obligado a trazar un mapa auténtico del curso del gran río, para corregir y rectificar aquellos que le guiaron, no obstante los errores y defectos en que incurrieron sus heroicos predecesores. Esta será su gran tarea, la exacta noticia de lo que el mundo hasta entonces conoce brumosamente. Pero, en su fuero interno, también anhela iniciar esta magna obra, porque está seguro que ella le permitirá alejar el fastidio que ya comienza a procurarle las mismas imágenes, por bellas que sean, como la eterna palmera *Astrocaryum* y las perpetuas Aráceas. Pasan frente a las ruinas de las misiones españolas que barrieron los cunibos y los piros, que nada quisieron saber de la palabra del Dios de los cristianos. Están precisamente en el paraje en que el Ucayalí se vierta en el Amazonas después de un recorrido de 2.000 kilómetros. Ahora realiza La Condamine que su viaje ya tiene contornos de grandeza, desde cuando se relacionó con el Marañón, el que ha venido siguiendo desde su nacimiento en el peruano cerro de Pasco, para convertirse luego en el magnífico Amazonas. En este trayecto que terminará por fin en el mar, conoce muchas tribus, nuevos árboles, nuevas plantas y vegetales que destilan dulces venenos que transportan al hombre a dorados ensueños. Ellas son la "Datura Arbórea" y la "Datura Sanguínea" y suscita la poesía del soñar y aleja las miserias de la vida, la del amable tóxico, la curupa, de florecillas menudas. No puede menos de volver a hacer el elogio de la Quina, de la Ipecacuana, del Guayacol, del Simabura y de tantas otras plantas nobles, aristocracia de las especies útiles y benefactoras del hombre. Tam-

bién hace el elogio de la Liana, que “teje el encaje y la reja que se estremece al paso del viento”, y que es gloriosa en su ascenso de espirales y que es también víbora sutil, que abraza traidora y estrechamente y que osa desafiar los vientos huracanados, adherida a todo lo que está a su alcance, o elástica y ligera, meciéndose sin ofrecer resistencia, al soplo que pasa arrastrando las hojas y doblegando los tallos.

Cuando llegan al poblado de San Joaquín, cambian de canoas y de tripulación, para llegar al paraje en que desemboca el Napo. Es 29 de julio y confían en llegar entre el 31 de julio y el 1º de agosto, a tiempo de poder observar la emersión del primer satélite de Júpiter. A su vista se halla por fin el ingente Napo, coronado de lauráceas y de sauces americanos, ancho y oscuro, tan gigantesco como el hermano al que tributa sus aguas.

Conforme a lo previsto, en San Joaquín, una vez desembarcados sus instrumentos, inician sus mediciones astronómicas. Para ello ha tenido como compañero inseparable su antejo de dieciocho pies, por espacio de ciento cincuenta leguas, lo que testimonia su voluntad de hierro y también sus padecimientos y esfuerzos para transportarlo a través de tantos obstáculos naturales. El les permite contemplar en la noche la emersión del primer satélite de Júpiter. A continuación, toman la altura de dos estrellas para colegir la hora. Entre París y el Napo la diferencia es de cuatro o tres cuartos de hora. Observaron oportunamente la altura meridiana del sol y comprobaron tres grados, veinticuatro minutos de altitud austral.

Continúan su viaje y a la mañana siguiente atracan doce leguas más abajo de la desembocadura del Napo, en la aldea de Pevas, última de las misiones españolas. De allí prosiguen navegando hasta San Pablo, primera misión portuguesa. Entre tanto, con la llegada de nuevos afluentes, el Amazonas se torna más imponente y su superficie empieza a tener rizo de olas. También adquiere una pujante capacidad de desatar tempestades. En el trayecto entre Pevas y San Pablo son testigos de lo que puede ser una tempestad fluvial. Las aguas se tornan glutinosas y viscosas y tal parece como si toda la vida y toda la podredumbre de muerte que habitan en el fondo, ascienden a la superficie en furiosa embestida. El oleaje no es como el del mar o de los lagos, claro o ensombrecido; es cenagoso y pútrido, a la mortecina luz que se cuele por entre el

cerrazón de nubes. Y de lejanas tierras, impulsados por fuerzas arrolladoras, descienden troncos y árboles arrebatados a la selva. Todo, en esta conflagración fluvial es cosa de pánico y horror.

Una vez salidos de este mundo crepitante y tenebroso, penetran en otro, el de la soledad y de la quietud, que sobreviene después de las grandes conmociones de los elementos desencadenados. Las embarcaciones, hábilmente dirigidas, lograron capear la furia del oleaje y se deslizan río abajo hasta llegar nuevamente a riberas tranquilas, donde encuentran por doquier misiones portuguesas, de casas con frescos patios y emparrados de enredaderas, decorados por bromeliáceas que otorgan flores de bellos colores. Les sorprende a La Condamine y a su amigo Maldonado, la cultura de los frailes lusitanos. Se complacen al ver cómo las casas, capillas y presbiterios son de mampostería, de tierra y ladrillos, con sus muros blanqueados y alegres bajo el sol. El francés añade a sus comentarios: "Y vimos a todas las indias con camisa de tela bretona y vimos cofres con cerraduras y llaves de hierro en las habitaciones, y encontramos allí agujas, espejitos, cuchillos, tijeras, peines y otros utensilios europeos, que los indios pueden adquirir todos los años en Pará, durante los viajes que hacen para llevar el cacao silvestre que recogen en las orillas del río".

Después de San Pablo, prosiguiendo por la hondura del gran valle lineal que ha forjado al Amazonas, presencian la llegada de más ríos, de muchos ríos, henchidos, gigantescos, que avanzan incontenibles por la región más fluvial del planeta. Estos ríos tienen nombres raros y sonoros, Yutay, Yurucá, Tefé, Coarí, que vienen del Sur; Putumayo o Iza y Yupara o Caquetá, por el Norte. Ellos, entre otros, porque las corrientes que afluyen al gran valle son incontables.

La Condamine y Maldonado se sumergen de lleno en la leyenda de las Amazonas, en el mito del Dorado que embargó a Orellana y a tantos españoles y alemanes. Dialogan con los caciques de las muchas tribus que hallan en su recorrido. Ellos les hablan de la existencia de un extraño reino feminista, del país de Aparia y del país de las Coniapuyaras, que quiere decir grandes señoras. La Condamine ha recogido la leyenda viva, la voz oral, que todavía en su tiempo divagaba por las riberas del río.

Es el 20 de agosto de 1743 cuando La Condamine y Maldonado parten de Coarí. Su bergantín navega hacia el Este por este río ingente, llamado el Mar Dulce. Por el Sur observan la llegada del río Purus que desarrolla anchura de mil doscientas toesas y en cuyo seno la sonda sólo halla fondo a ciento tres brazas. Del septentrión llega el río Negro. Es por el color casi negro de sus aguas que adquirió este nombre, en contraste con el Amazonas, de faz purulenta y amarilla. Lo que de él pudiera decirse en poder y en inmensidad es poco, frente a la realidad. Dicen que Orellana, cuando lo vió por primera vez, suplicó a Fray Carvajal la canturia solemne de un Tedeum.

Ha llegado el día 23 de agosto. Los dos científicos han empleado muy bien su tiempo y los datos allegados, así como las observamos practicadas, pasan a incorporarse a los apuntes que constituirán la memoria que habrá de enriquecer la ciencia del siglo XVIII. Poco a poco se han venido pormenorizando los errores del mapa del padre Fritz. La Condamine rectifica y hace las adecuadas enmiendas. Practica incursiones comprobatorias aguas arriba del Rionegro. Hay en su pecho gozo. Es el placer de la ciencia desinteresada que encuentra, en beneficio del conocimiento humano.

Dos leguas arriba del Rionegro los portugueses han erigido un fuerte, allí donde la corriente es estrecha. Ellos van y vienen mucho por estas tierras y ejercen un activo y violento comercio de esclavos, registra en sus apuntes La Condamine, y más adelante agrega, que hay que llenar las endebles arcas del señor Rey que está en Lisboa. A su llegada al fuerte encuentran que los soldados celebran un asueto, y para ellos, sobre un vivaque se tuestan con gran goteo de grasa, pesados bueyes traídos de Pará, distante del fuerte cuatrocientas leguas.

El 28 de agosto, en su viaje hacia Pará, alcanzaron el río de la Madera, llamado así por los desgarradores tallos de los gigantescos árboles que arrastra. Continúan su navegación y hallan otro río, el Cunaris, a cuyas orillas dice la leyenda, tuvo lugar la batalla de Orellana con las Amazonas. Para llegar al Océano han de navegar aún doscientas leguas fluviales. Los dos observan un hecho interesante, el de la marea que asciende del mar con la misma regularidad que acontece en el Océano, donde cada doce horas asciende o desciende.

Días después el bergantín, navegando aguas abajo llega a otro fuerte portugués situado en la desembocadura del río Tupayós. Un poco más adelante tropiezan con otro fuerte, en el lugar de Caropa, donde el Amazonas se ha hecho tan anchuroso que no se ve de orilla a orilla. Es el paisaje fluvial supremo, extraño y complicado, poblado de innumerables islas sin nombre, empenachadas de unitario verdor, hierbas, agua, cieno y seres vivientes de las más variadas características. Enfilan por el Canal de Tagipuro, intercomunicación natural entre muchos ríos, que los llevará a Pará hacia el 19 de septiembre. Todo allí es un espectáculo abrumador. Por doquier las lauráceas; palmas como de ochenta varas castellanas; mimosas en todas las sendas; bromiláceas; begonias de color anaranjado o rojo y muchas más que sería interminable enumerar.

Se instalan en el colegio y residencia de los reverendos padres jesuitas, que ostentan una torrecilla y un campanario, puertas labradas en fuertes maderas del Brasil, con muros externos y calles de deliciosa frescura. Todos son plácemes a su llegada. Todo será fiesta en Pará. Esa noche duerme en anchos lechos de celdas bien enjalbegadas y honradas con alto y solemne crucifijo. Cuando días después inicia su recorrido por los nuevos lugares, observa con complacencia que se siente transportado a Europa, que Pará es una gran ciudad, con calles bien alineadas, casas alegres construidas de piedra y magníficas iglesias. En sus paseos y en las horas que sustraen a su trabajo y observaciones, La Condamine y Maldonado platican incansablemente con los padres jesuitas.

Maldonado que hace mucho tiempo no ha vuelto a España, aprovecha el viaje de una flota portuguesa que zarpará muy pronto. Al despedirse, ninguno de los dos piensa por un instante que se volverá a ver. Han sido grandes amigos y cada uno de ellos guardará gratos recuerdos del otro, acompañados de cierta nostalgia por los días en que libremente vivieron en plena naturaleza, alejados del tráfico mundano, de sus prejuicios y de las molestias y compromisos que rigen la vida civilizada. La Condamine también ya piensa en su retorno a París, a la dulce Francia, al mundo de sus académicos. Aprovecha los días que preceden a su viaje, haciendo recorridos, tomando medidas y distancias, anotando en sus cuadernos de apuntes y enriqueciendo su mentalidad científica con nuevos

y extraordinarios conocimientos que le brinda este inagotable mundo de nuevos y atrayentes paisajes. Parte por fin en su viaje de regreso, sin sospechar jamás, que continuará siendo presa de la aventura, que su barco será acometido por los piratas; que el mar los arrastrará a lugares imprevistos; que la muerte acecha a su alrededor; que la niebla parece cerrar todos los caminos. Cuando al fin tocan puerto, se sumerge nuevamente en la vida de la sociedad cortesana, reinicia su actividad académica; y su mente vuelve a ser esclava del convencionalismo. Se pregunta si no será mejor la vida libre de la selva, la gallardía del hombre solitario frente a la naturaleza.

Ahora ya está viejo y hace ya mucho tiempo que navegó sobre los ríos de la lejana América Austral. Es ya más filósofo que investigador científico. Con sus manos ha palpado la gloria; ha recibido honores y ha sido objeto de distinciones. Presente, casi está seguro, que se halla vinculado definitivamente a la historia de la ciencia y que su nombre también se ha ligado por siempre a otros nombres; que sus memorias no permitirán que llegue al olvido; que seguirá viviendo en la memoria de algunos; que su retrato será colgado y permanecerá colgado al lado de los otros académicos en el salón de actos de la Institución. Le oprime la fatiga de los años y espera resignado que se cumpla el inexorable destino a que están abocados todos los hombres y todos los seres de las distintas especies.

BIBLIOGRAFIA

Ricardo Majó Framis.

La Condamine en la América Austral.

Apuntamientos sobre la "*Relación*", leída por La Condamine en 1745.